

Chinguiz Aitmatov y "El patíbulo"

Miguel Urbano Rodrigues

Una jerarquía de lo bello es inviable.

Establecer paralelos entre la belleza de una montaña nevada y la de un río, la de una floresta y la de una catarata es tan absurdo como intentarlo entre la catedral de Colonia y la Mezquita del Sultán Ahmet, la Dánae de Rembrandt y la Gioconda, el Don Quijote de Cervantes y el Hamlet de Shakespeare.

Pero está al alcance de cada uno de nosotros registrar en la memoria el paisaje, lejos de las grandes ciudades, que tocó más profundamente nuestra sensibilidad, o, para ser más preciso, cuya belleza produjo un choque emocional y estético más intenso que cualquier otro.

En mi caso no dudo en la elección. Tuve la oportunidad de visitar más de 70 países y de conocer paisajes de deslumbrante belleza. Ninguno me conmovió y perturbó como el lago Issyk-Kul, encastrado entre montañas ciclópeas.

El deseo de conocer ese lago nació en 1981 al leer un cuento de Chinguiz Aitmatov cuando estaba de vacaciones en la RDA.

Admiraba al escritor kirguís desde que vi el film 'Jamilia', inspirado en su nouvelle *Dzhamiliá*. Más tarde leí el libro. Para Aragon, que lo tradujo al francés, es «la más bella historia de amor de todos los tiempos».

Me conmovió tanto que, no sin esfuerzo, reuní algunas obras del autor en diferentes traducciones. Tres de ellas sobre todo me fascinaron: *Balada del primer maestro*, *El barco blanco*, y *Adiós, Gulsari!*, la historia de un caballo y su dueño.

Fue la descripción del Issyk-Kul en una de esas novelas lo que en 1987 me llevó al Kirguistán. Escribí mucho, en periódicos y libros, sobre mi encuentro con el lago mágico. Pero no me hago ilusiones. Me faltó talento para expresar lo que sentí en las semanas en que recorrí la región y lo que significó para mí el Issyk-Kul.

El lago y las montañas de la cordillera del Tien Shan diferían de otros lagos y montañas que conocí en América y en Europa. Aquello no es comparable. Los cerros coronados por nieves eternas eran escarpados y desnudos en la vertiente expuesta a los vientos siberianos, y cubiertos de florestas densas en la opuesta. En las praderas donde morían las últimas vertientes de aquel mundo verde pastaban millares de caballos semi salvajes, incontables eran las manadas de bueyes y rebaños de ovejas.

En ese momento fracasó, por un imprevisto, un encuentro con Chinguiz, que veraneaba en esa época en su casa del gran lago. Rasgué el cuestionario que tenía preparado. Mi admiración por Aitmatov aumentaba a cada nuevo libro del escritor kirguís.

Escribe poesía en prosa. Se torna parte de la naturaleza al describir un campo florido, el vuelo de un ave, el rumorear de un arroyo, la armonía del galope de una corza, una tempestad en el lago. Consigue

fundir los mitos y tradiciones milenarias de su pueblo en un panteísmo donde hombres y animales se enraízan fraternalmente en la lejanía del tiempo en antepasados comunes.

Hijo de kirguís y de tártara, tenía diez años cuando fusilaron a su padre, secretario del Partido regional, en las purgas de 1937, bajo la acusación de «nacionalismo burgués». El trauma lo acompañó toda su vida.

Bilingüe, escribió su primer libro en kirguís, pero posteriormente optó por el ruso en una carrera fulgurante. A los treinta años ya era uno de los más leídos y prestigiosos escritores de la URSS. Cuando falleció, en vísperas de festejar 80 años, sus libros estaban traducidos en 150 países.

Como diplomático, fue embajador de la URSS -en diferentes países y organizaciones internacionales- y, después de la independencia, de su Kirguistán.

Esa ambivalencia – se asumió como soviético, kirguís y ruso – le permitió ser vice-presidente de la Unión de escritores de la URSS y vice-ministro de Negocios Extranjeros de Kirguistán.

Fue amigo de Mijaíl Gorbachov y su asesor cultural. Sobre él llovieron posteriormente críticas de intelectuales europeos, latinoamericanos y también rusos. Me fue difícil comprender muchas de las actitudes que tomó en los últimos años de su vida.

Pero al leer "El patíbulo" - *Plakha* en ruso y *Les Rêves de la Louve* en francés [en castellano subtitulada como *El calvario de Abdías*]-, creo haber entendido las motivaciones de algunas de las imprevisibles tomas de posición de la compleja personalidad de Aitmátov. Admito que, tal como aconteció con Bulgákov, el puente estrecho entre el escritor y el hombre solo será bien iluminado con el correr de los años.

Me atrevo a afirmar que "El patíbulo" es uno de sus libros más importantes. Aunque le falte calidad como obra literaria, la contradicción es apenas aparente.

Creo que ese extraño romance fue escrito en 1985-86, en el inicio de la perestroika, el proceso que él defendió hasta la desaparición de la URSS. La crítica soviética fue, con pocas excepciones, desfavorable.

El estilo sorprende. No parece suyo, desde luego. La estructura del texto es desarticulada, en un montaje desconcertante al que falta armonía, con historias entrecruzadas que chocan al lector. Algunos de los personajes son introducidos y abandonados en una cadena que perturba.

La narrativa, tal como en Huxley, es en muchos capítulos interrumpida por un extenso discurso - el de Avdiy por ejemplo- que incide sobre cuestiones ideológicas, morales y éticas. A esos intermezzos abruptos suceden páginas ora de una violencia brutal ora de un lirismo inesperado.

Los lobos actúan y piensan como si humanos fuesen, y algunos hombres actúan y piensan con la irracionalidad de animales.

En una remota estepa de Asia Central, Aitmátov sitúa dos historias yuxtapuestas - solamente los lobos atraviesan ambas - para situar grandes problemas de nuestro tiempo.

La convergencia resulta de la amenaza que representa para la humanidad la destrucción del ambiente, concebida y ejecutada por el hombre, y la insensibilidad y deshumanización de aquellos que ejercen el poder y son responsables de la tragedia en curso.

«...En la vida de las personas de nuestro siglo- escribió E. Surkov en el prefacio - todo está ligado a todo. Deflagran explosiones de potencia mundial y de significado universal. Todo puede ser entendido en su verdadero significado, en profundidad, si fueran descodificadas las relaciones entre lo local, lo particular y el mundo. Y la relación entre el destino de cada hombre y los destinos del planeta.»

Es simbólico que el título del romance [en portugués, ‘El lugar de la calavera’] sea el del lugar donde, según la Biblia, Jesús fue crucificado.

**Chinguiz Aitmatov, O Lugar da Caveira, Ed D. Quixote, 403 páginas, Lisboa*

www.odiario.info. Traducido por La Haine